

Gracias

PABLO KATCHADJIAN

narrativa **sextopiso**



Gracias
PABLO KATCHADJIAN



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © PABLO KATCHADJIAN, 2011

Primera edición: 2025

Imagen de portada
© MÜNSTER STUDIO
www.munsterstudio.com

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2025
América, 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación
GRAFIME

Impresión
LIBERDÚPLEX

ISBN: 978-84-10249-30-1
Depósito legal: M-23583-2024

Impreso en España

CAPÍTULO 1

Ya llevaba dos horas esperando en la jaula de madera junto con los otros doscientos esclavos. El puerto me resultaba desconocido y a la vez familiar; quise preguntarle el nombre de la isla al que estaba al lado mío, pero parecía desmayado, y entonces me di vuelta y vi que los desmayados eran varios. De repente abrieron la jaula y los que estábamos bien salimos a unas gradas. A mí me llevaron enseguida, porque tenía buena salud y porque me veía muy decente, según dijo mi comprador, un hombre de unos cincuenta años, pelado, simpático, no muy alto y un poco gordo, que se llamaba Aníbal. Nos subimos a su auto y me llevó hasta su casa, un castillo construido sobre una elevación del terreno. Desde la ventana de mi habitación se veía el puerto como una miniatura; esa tarde pasé horas contemplándolo y tomando y comiendo lo que una sirvienta muy vieja y encorvada me iba alcanzando cada tanto. Por advertencia de Aníbal, me acosté temprano: me había dicho que nos esperaba un día de trabajo bastante largo.

Me desperté con el desayuno a mi lado: té con tostadas y queso. Tomé el té y comí las tostadas con el queso; después miré el cielo por la ventana y noté que ya era casi el mediodía. Estaba en calzoncillos, y de repente entró una sirvienta joven y bastante linda que al verme se ruborizó y me dijo, mirando al suelo, que el señor Aníbal

me esperaba en la puerta de la casa con los perros y las armas. «Bueno», le respondí, intrigado y también un poco avergonzado de mi desnudez. «¿Necesita algo?», me preguntó. «Sí, algo de ropa». «Ah, claro, perdón, me olvidé», me respondió ella, y me dio un paquete que tenía entre las manos y que yo no había visto. «¿Y mi ropa vieja?», pregunté, por decir algo. «Ah, hubo que tirarla, estaba muy sucia y maloliente». «Claro, me imagino». «¿Puedo irme?», me preguntó entonces, y yo le dije que sí pensando que no, que me hubiese gustado que ella se quedara conmigo y pasáramos toda la tarde en la cama, ya que, descontando un episodio bastante salvaje y desagradable que había ocurrido en la jaula de esclavos, el sexo no estaba presente en mi vida desde hacía meses, y mucho menos el amor y la ternura. Y esa sirvienta, que antes de irse me dijo que su nombre era Nínive, parecía cariñosa. Mientras me vestía imaginé una vida con Nínive en una casa humilde pero confortable en la base de una montaña; esto se interrumpió con un grito de Aníbal desde la entrada del castillo —que, noté en ese momento, estaba justo debajo de mi ventana—: «¡Vamos, vamos, que los perros se calientan!». Me asomé, le grité que ya bajaba y me quedé muy sorprendido por la cantidad de perros, unos cincuenta.

Apenas salí Aníbal me abrazó, me dijo que me veía aún más decente que el día anterior y que por favor eligiera un rifle. Él ya tenía el suyo. Los rifles eran cinco y estaban en el piso; tomé cada uno y probé la mira y el mecanismo; todos eran buenos, pero por algún motivo me gustó más uno que había sido pintado de rojo. «¿Ese te gusta?», me preguntó Aníbal. «Sí, creo que sí». «Ah, a ver...», dijo, y me lo sacó. Hizo lo mismo que yo con la mira y el mecanismo;

después se lo colgó del hombro, dijo «muy bien» y me dio el suyo: «Con este vas a estar bien, yo me quedo con el rojo». «Bueno, no hay problema». «Claro que no hay problema», me respondió con una sonrisa. El rifle de Aníbal era mucho mejor que el rojo que yo había elegido, pero no dije nada. «¿Cuál es el plan?», le pregunté entonces. «No sé, vamos de cacería, ¿qué te parece?». «Mmm...». «¿Qué? ¿Qué pasa?». «No sé, siempre me siento un poco mal cuando mato animales inútilmente». «Sí, es cierto... Pero ¿se te ocurre algo mejor para hacer?». Pensé un poco: «No, la verdad que no». «Bueno, entonces vamos. Si no matamos nada no importa, es un deporte». «Sí, claro». «De hecho», insistió, «mejor no tiremos a matar». «Bueno, mejor». Nos subimos cada uno a un caballo y salimos seguidos por los perros. Quise tirarle un beso a Nínive, que me miraba desde la ventana de mi cuarto, pero no me animé, y pensé que otro hombre con otro carácter sí lo habría hecho y que eso podría haber significado fácilmente el comienzo de algo.

Una vez en el bosque, Aníbal detuvo el caballo y, sin bajarse, empezó a disparar de una forma ridícula en todas las direcciones, incluso cerrando un poco los ojos. Hacía pensar en un hombre que... Pensé que se detendría enseguida, pero estuvo varios minutos, recargando cada tanto las balas, y sólo paró cuando se vio vencido por sus propios jadeos. Se bajó del caballo, dejó el rifle en el piso y se quedó un buen rato doblado, con las manos apoyadas en las rodillas. Después miró alrededor, dijo «qué mala puntería» y se empezó a reír a carcajadas; caminó unos pasos y agarró tres pajaritos muertos; después, todavía jadeando, me señaló y me dijo: «¡Ahora vos!». «¿Qué?». «¡Ahora te toca a vos!». «¿Qué cosa me toca?». «Disparar, ¿qué va a

ser?». Me quedé callado. «¿Qué te pasa?», me preguntó, un poco molesto. «No, nada». «Bueno, entonces dispará, a eso vinimos». Me puse nervioso y sólo pude decir: «¿Pero no vinimos a cazar?». «Sí, claro, yo cacé tres pájaros, ahora te toca a vos». «Pero yo prefiero ir disparando de a poco, con cuidado». «¡No! ¡Dispará ahora!». «Pero los animales se espantaron...». «¡No, nada de eso!». «Sí, esto va a ser un desperdicio de municiones». «¡Las municiones las pago yo! ¡Dispará!». Hice tres disparos al aire y lo miré. «¡Eso no es nada! ¡Dispará de verdad! ¡Cuarenta disparos seguidos!». «No, caminemos un poco y vamos disparando, apuntando a los animales». Aníbal se subió a su caballo y me apuntó con el rifle, riéndose: «¿No era que no querías matar animales...? ¡Dispará!». Entonces empecé a disparar con timidez, muy pausadamente, pero al verle la cara a Aníbal me di cuenta de que me convenía hacerlo bien, así que empecé a saltar en el caballo disparando al aire, y al minuto noté que estaba haciéndolo con entusiasmo, así que seguí y recargué varias veces el rifle, y de repente se me habían contagiado las carcajadas de Aníbal. No sé cuánto tiempo estuve así, pero hubiera podido seguir mucho más si Aníbal no me hubiese frenado. «¿Qué pasa, qué pasa?», le pregunté, exaltado. «Nada, ya está, tranquilo. Mirá, te fue bien». Desde arriba del caballo miré alrededor; había monitos, pájaros, unas aves más grandes e incluso un animal con cuernos. Todos muertos. «¿Qué pasó?», pregunté. «Nada, está muy bien. Vamos a juntar este lío». «No, no...». «Bajate y ayúdame». Entonces me bajé; pensé que al juntar los animales sentiría asco y culpa, pero no pasó nada de eso: hicimos el trabajo riéndonos y hablando de cualquier cosa. Aníbal me contó que era viudo y que tenía un hijo y una hija.

La hija, que era muy hermosa, se había casado y se había ido muy lejos, a otra isla, aparentemente para alejarse de él, que la sobreprotegía; el hijo vivía en un castillo a unos cincuenta kilómetros, y cada tanto lo visitaba. Yo le conté algunas cosas mías. Cuando terminamos, miramos la pila de animales. Había, además de los monitos y las aves gigantes, algunos felinos muy pequeños y una especie de caballito con tres cuernos. «¡Qué bien, eh! ¡Qué bien el de los cuernitos!», dijo Aníbal, y me felicitó palmeándome la espalda. Vinieron entonces dos sirvientas, una joven y una vieja, con una carretilla, y Aníbal les dio instrucciones que no oí sobre qué hacer con los animales muertos. Nosotros dos volvimos al castillo y nos despedimos hasta la hora de la cena.

Me asomé a la ventana de mi habitación y vi el atardecer. La actividad del puerto cesaba. Un hombre lavaba con una manguera una jaula de esclavos casi vacía. En un primer momento pensé que era la misma jaula que me había traído a mí, pero después noté que no. Pensé en esos pocos esclavos que quedaban. Si todavía nadie los había comprado, seguramente quedarían sin vender. Pensé en esos esclavos rechazados por todos los compradores y pensé en los posibles motivos. Más lejos, en el límite entre el cielo y el mar, la Marina entrenaba a sus marineros en el disparo del cañón.

Estaba muy cansado, así que me tiré en la cama para dormir la siesta, y cuando me estaba quedando dormido tocaron la puerta. «¿Sí?», dije. «Soy yo». Era una voz de mujer. «¿Quién?». «Nínive, ¿quién va a ser?». Sorprendido, me acomodé en la cama, agarré un libro que estaba en la mesa de luz y le dije que pasara. «Hola». «Hola». Hubo un silencio y después ella habló primero: «¿Qué

leés?». «Ah, nada, un libro». «Sí, claro, eso lo veo, pero ¿sobre qué?». Miré rápidamente la tapa y me sonrojé. Entonces ella corrió hasta la cama, me sacó el libro de un tirón y leyó en voz alta, con una sonrisa: «*Posiciones sexuales especiales para practicar entre hombres*». «Estaba acá», dije, avergonzado. «Sí, claro». «En serio». «¿Sí?». «Sí». «¿Y te gustan los hombres?». «No, no». «¿Y las mujeres?». «Sí, me gustan las mujeres». «Ah». Nos quedamos callados; después ella me preguntó «¿y yo te gusto?», y se fue corriendo antes de que pudiera responderle alguna cosa, riéndose con unas carcajadas un poco masculinas.

Volví a tirarme en la cama y logré dormir; cuando desperté, ya había oscurecido. La ventana estaba abierta. Parecía ser casi medianoche, así que supuse que me había perdido la cena. En la mesita donde había quedado el libro sobre sexo entre hombres había una campana metálica; la campana tenía una nota pegada: «El señor Aníbal te esperó y vos no bajaste!!!!». Levanté la campana pensando en la letra de mujer de la nota: había un bife con puré, todavía tibio. Volví a mirar la nota. La letra era muy grande y alegre, claramente de mujer, un poco burda y también, me pareció en ese momento, infantil. No tuve ninguna duda de que era la letra de Nínive. Me comí el bife, que estaba muy bien, y algo del puré. Después me dio sed y, como no tenía agua, salí a buscarla al baño del pasillo. Aproveché para hacer pis, y entonces, al ver que había toallas, me dieron ganas de darme una ducha. Al terminar me sequé y, como no hacía nada de frío, me puse la toalla alrededor de la cintura, agarré el bollo con mi ropa y salí para mi habitación. Estaba por entrar cuando oí unos gritos de mujer. En un primer momento decidí no prestarles atención. Entré, me vestí y me senté a mirar el libro

sin curiosidad. Pero los gritos continuaban, así que salí a buscar de dónde venían. Caminé por un pasillo que aparecía hacia la izquierda. El pasillo era curvo, y al avanzar noté que los gritos se hacían más tenues. Retrocedí unos pasos y doblé por un pasillo que salía en la mitad del pasillo curvo. Ahí los gritos se volvían más claros. Eran de una mujer y de un hombre; el hombre era Aníbal, eso me resultaba evidente; la mujer podía o no ser Nínive. Seguí caminando y oí mejor: Aníbal aparentemente le pegaba a la mujer y la mujer lloraba y le pedía que se detuviera, pero Aníbal se reía y seguía. Unos pasos más adelante oí que él hacía responsable a la mujer de la falta de un cofre con oro, y la mujer le juraba que no había sido ella y que no sabía nada de la existencia del cofre. De repente oí una puerta que se abría y la risa de Aníbal; corrí y me metí en el pasillo curvo, doblé y llegué a mi habitación. Me acosté muy perturbado, y como no podía dormirme no tuve otra opción que volver a agarrar el libro sobre posiciones homosexuales, que me impresionaba, sobre todo por los dibujos.

CAPÍTULO 2

Al otro día, me desperté y vi el desayuno en la mesa de luz. Acerqué la mano a la pava y noté que estaba caliente. Me levanté y abrí la ventana. El día era agradable, ni caluroso ni frío, y el puerto estaba en plena actividad. Llegaban barcos con jaulas pequeñas, de veinte o treinta esclavos, y casi siempre ocurría lo mismo: un empleado del puerto entraba a la jaula, sacaba a los enfermos o desmayados y los llevaba hacia algún lugar que no podía verse desde mi ventana; después, las ventas se hacían rápidamente; algunas veces, un hombre compraba una jaula entera, y entonces, después de pagarle al empleado, dejaba salir a los cinco esclavos más fuertes y les hacía colocar la jaula sobre una plataforma con ruedas; después, esos cinco esclavos tiraban de la plataforma y la iban desplazando lentamente por un camino verde que se perdía en el monte.

Volví a la mesa de luz y me serví té en la taza. Comí un poco de pan con queso y tomé un sorbo de té. Así me terminé todo el desayuno, y justo cuando masticaba el último pedazo de pan, Aníbal gritó mi nombre desde abajo. Me asomé y lo saludé. «¡Baja ya mismo!», me gritó. Me vestí y bajé. Aníbal me dijo que necesitaba que lo ayudara con una cosa. Después de decir eso hizo silencio, así que tuve que preguntarle qué era esa cosa. «Bueno, ya sabés, una cosa sin importancia». «Bueno». Entonces me contó qué era lo que precisaba y yo le dije que estaba bien, que

no habría problema, aunque en realidad la idea de hacerlo que me pedía me desagradaba. Así pasé toda la tarde cumpliendo con el encargo, y apenas volví al castillo me bañé para limpiarme la suciedad que tenía pegada por todo el cuerpo; por más que las refregué con una esponja, las manos me quedaron negras; un olor asqueroso, además, a pescado podrido y a muerte, me había quedado impregnado en el pelo. Era el olor de la humillación y de la esclavitud. Miré por la ventana, pero los ojos cansados e irritados por el calor y los gases no me dejaban ver muy bien nada. La próxima vez, pensé en ese momento, le exigiría a Aníbal guantes y antiparras, e incluso botas.

Ya eran las siete, había sido un trabajo largo; decidí dar una vuelta para despejarme. Caminé por el pasto unos minutos y me senté en un bosquecito con la espalda apoyada contra un árbol. Mirando el árbol que tenía enfrente pensé en Nínive y en ese mismo momento oí un grito de mujer. Me levanté y empecé a buscar de dónde venía. A medida que el bosque se iba haciendo más espeso los gritos se hacían más fuertes. De repente, los vi a Aníbal y a Nínive. Me escondí tras un árbol y los observé: corrían como si estuvieran jugando, pero en realidad, noté enseguida, el que jugaba era Aníbal, porque Nínive parecía aterrada. El juego de Aníbal consistía en correr detrás de Nínive con un palo nudoso; cada vez que la alcanzaba, le pegaba en las piernas y ella se caía al piso; entonces Aníbal la dejaba levantarse, ella volvía a correr y él volvía a alcanzarla y a pegarle. Fui siguiéndolos escondido entre los árboles hasta que en determinado momento Aníbal, en lugar de dejarla levantarse, se tiró sobre ella y empezó a arrancarle la ropa. Cuando terminó de desnudarla, le pegó un poco con el palo, sin ganas, y se fue. Nínive se

quedó sola, llorando. Quise acercarme, pero no me animé; me quedé mirándola hasta que ella se paró, se cubrió un poco con la ropa rota y se fue.

Volví a mi habitación, cerré la puerta y enseguida golpearon: era la sirvienta vieja, que venía a avisarme que Aníbal quería cenar conmigo. Bajé al comedor, un poco nervioso. Aníbal me esperaba en la mesa, solo. Había un pollo enorme y papas al horno. Aníbal estaba de muy buen humor; se paró, me abrazó y me invitó a sentarme al lado de él. «El pollo es para mí», me dijo; «¿vos qué querés?». «Bueno, pollo está bien». «No, el pollo es para mí, y no hay más pollo. ¿Querés fideos?». «Bueno». Entonces Aníbal gritó «¡fideos!» y se puso a comer el pollo bestialmente. Se manchaba la cara, las manos, los brazos e incluso la cabeza; cada tanto, escupía algo que no le gustaba. Cuando terminó, se paró y se fue sin saludarme. Quedé solo en la mesa, esperando los fideos, que no llegaron nunca.

Cuando subí a mi habitación, hambriento y pensando con odio en Aníbal, me encontré con una nota de Nínive en la que me decía que me esperaba esa noche en su cuarto y me daba indicaciones de cómo llegar. Al final de la nota decía: «Va a ser divertido!!!!». Y debajo de la frase había una carita horrible que pretendía ser simpática; era más o menos como esas caritas que uno ve cuando... Quería ir a verla a Nínive, pero tenía hambre. Y entonces, movido probablemente por un olfato que no llegaba a hacerse consciente y del que no podía disponer cada vez que quería, abrí el cajón de la mesa de luz y encontré un paquete de galletitas, un pedazo de queso y salamín. Debajo del paquete de galletitas había un cuchillo muy lindo, bastante grande y afilado, con mango de madera y una

forma interesante, suave y animal. Con el cuchillo corté algunos pedazos de queso y los puse sobre las galletitas; después corté unas rodajas del salamín y las puse sobre el queso. Me comí todo; mientras, distraídamente me puse a escribir con el cuchillo mi nombre en la madera de la mesa de luz. Sólo me di cuenta de lo que había hecho cuando terminé de comer. Tapé las marcas con el libro sobre posiciones sexuales, agarré las indicaciones de Nínive y salí. Avancé, como se suponía que debía hacerlo, derecho por un pasillo que salía perpendicular a mi habitación y que me hizo pensar en algo. Llegué entonces a una ventana clausurada y vi al costado las escaleras de mármol; miré hacia atrás y ahí estaba la escalerita metálica. Bajé con cuidado y llegué a un piso de tierra; caminé por ahí hasta salir del castillo y sin separarme de la pared llegué a una puerta de chapa pintada de celeste. Entré. Estaba bastante oscuro y el olor era repugnante. Caminé por ahí hasta llegar a la puerta que se veía iluminada; la abrí y aparecí de nuevo en el castillo; caminé derecho y llegué a un pasillo curvo; el texto de Nínive no decía nada sobre la curvatura, y eso me preocupó; al final del pasillo llegué a un espacio como el que se veía al salir de mi habitación, pero distinto, un poco más descuidado y decadente; seguí por un pasillo, luego por otro y ahí apareció un agujero en el piso. Algo estaba mal. Volví para atrás, volví a salir del castillo, entré por otra puerta, llegué a una pared, abrí una puerta equivocada y vi desnuda a la sirvienta vieja; me disculpé y volví para atrás; salí del castillo, entré por otra puerta, subí una escalera y llegué a un cuarto repleto de trofeos de caza; salí, asustado, y me metí en el cuarto de al lado, que era una biblioteca; cuando entré, una sirvienta muy joven que leía un libro se paró asustada y se tranquilizó al

ver que era yo; «pensé que eras Aníbal», dijo suspirando, y me explicó, sin que se lo preguntara, cómo llegar a la habitación de Nínive; volví entonces hacia atrás y en dos minutos llegué a la puerta de Nínive. «¡Tardaste mucho!», me dijo, como enojada. «Sí, me perdí». «Pero si tenías las instrucciones...». «No sé, me perdí igual». «Ahora es tarde». «¿Por? ¿Tarde para qué?». «En cualquier momento viene Aníbal». «¿Aníbal?». «Sí», dijo, y empezó a llorar y me abrazó. Yo la abracé, con timidez al principio, con un poco de cariño después, y Nínive se calmó y me dijo que sí, que Aníbal la visitaba todas las noches y le hacía cosas terribles. «¡Terribles!», repitió. «¿Terribles? ¿Qué cosas?». «No puedo decirte, ¡son terribles!». Entonces oímos un ruido y ella me dijo «corrí por este pasillo», y yo me fui y llegué muy rápidamente a mi habitación.

Me senté en la cama y casi por reflejo miré la mesa de luz: había una nota pegada. Era de Aníbal, que me pedía que hiciera una serie de cosas y me daba las instrucciones, que no eran claras; al final, decía: «Al verlo te vas a dar cuenta de lo que tenés que hacer». Furioso, hice un bollo con la nota y lo tiré contra la pared, pero no llegó a la pared porque el bollo era muy liviano y no estaba lo suficientemente comprimido. Eso me enojó más. Grité animalmente, aunque no muy fuerte. Decidido a terminar la tarea lo más rápido posible, agarré el bollo de papel, lo abrí, lo alisé, lo doblé y me lo metí en el bolsillo; salí, agarré las herramientas de un cuartito que estaba junto a la cocina y, ya fuera del castillo, caminé en la dirección que Aníbal me había indicado en la nota. A los diez minutos llegué a un galpón. Entré y sentí ganas de llorar al entender lo que se me pedía. Me arrodillé en el suelo, apoyé la cabeza contra la tierra y canté, en voz alta, la única plegaria

que había aprendido de chico: «Por favor, Dios, ayudame a superar las incongruencias». Cuando terminé de rezar me sentí un poco mejor y me dispuse a trabajar como un cerdo en medio de la putrefacción. Al principio iba muy lento, asqueado por el olor; dos o tres veces vomité y creo haberme desmayado una o dos veces. De a poco, sin embargo, me fui olvidando de lo que hacía y empecé a actuar mecánicamente.

Cinco horas después, con el sol apenas asomado, volví al castillo. La puerta principal estaba cerrada con llave. Fui a la puerta de atrás, pero también estaba cerrada, así que me tiré ahí y me dormí en el suelo. Algunas horas después la sirvienta vieja abrió la puerta, me despertó y me hizo pasar. Cuando llegué a mi cuarto estuve a punto de tirarme en la cama mugriento, pero no lo hice por temor a no poder cambiar después las sábanas. Me desnudé, entonces, y me bañé, pero la suciedad no salió del todo.